
José A. Alonso*

Industria textil
y CATASTROFE URBANA

La del vestido fue una de las industrias más golpeadas por el sismo del 19 de septiembre. La catástrofe de ese día evidenció parte de los enjuagues y tejemanejes que las trabajadoras de esta rama, los políticos y los investigadores conocíamos desde hace mucho tiempo: la industria del vestido, con todas sus deficiencias, constituía un ejemplo vivo de las contradicciones en que se desenvuelve la vida urbana en el Distrito Federal. Referirnos a ella hoy, contribuye a evaluar las dimensiones del desastre.

La industria textil ha jugado un papel insustituible en el desarrollo del capitalismo mundial. Eric Hobsbawm menciona a las industrias textil y del vestido al comentar la Revolución Industrial inglesa. Según este economista, decir Revolución Industrial es decir transformación de la industria textil inglesa.¹ La influencia de ambas industrias aún no ha sido debidamente destacada. Gracias a ellas pudo Inglaterra normar sus relaciones socioeconómicas con el resto del mundo.

A partir de 1780, la Gran Bretaña se convirtió en la gran receptora de materias primas y de mano de obra barata procedentes de la India y de Africa. Surgieron, al unísono, enormes ciudades —Leed, Manchester, Sheffield, Birmingham— en las que la industria atraía, en número creciente, a los obreros requeridos por las nuevas factorías. Las mujeres y

* Profesor de la FCPyS, adscrito a la Coordinación de Sociología.

¹ Eric J. Hobsbawm, "El impacto de la Revolución Industrial 1780-1840". En *La Independencia de América Latina*, ediciones Nueva Visión, Buenos Aires, 1973, p. 67.

los niños fueron las víctimas predilectas de esta primera expansión capitalista en la que, una vez terminadas las prendas, los barcos ingleses las transportaban a los principales mercados: la India y Sudamérica.

Así giró la vida de los países capitalistas durante la primera fase de la Revolución Industrial. La moderna industria del vestido, británica en un primer momento, es un factor crucial para explicar la configuración de los países capitalistas centrales: la elevada producción mercantil, el crecimiento desproporcionado de las ciudades industriales, la explotación del proletariado urbano.

Es preciso retomar estos procesos históricos, en alguna medida concernientes también a México, para profundizar en los acontecimientos observados hace poco en nuestra ciudad. La historia no se repite. No existen dos fases históricas idénticas.

Estas notas parten, pues, del supuesto de que la industria constituyó la columna vertebral del desarrollo mexicano durante los últimos cincuenta años. El crecimiento de la industria, con sus implicaciones políticas y tecnológicas, explica, en gran parte, el surgimiento incontrolable de la zona urbana metropolitana. De hecho, todas las industrias han participado, de una u otra manera, en este proceso de expansión urbana imparable. La ciudad ha crecido horizontal y verticalmente y en todos los niveles está presente la industria.

El capitalismo actual y periférico de México evoluciona conforme a unos patrones radicalmente distintos a los ingleses. Tal vez sean mayores las divergencias que las similitudes entre ambos casos de desarrollo capitalista.

La ciudad de México, la de nuestros días, sólo es comprensible en un país capitalista periférico e intensamente acosado por el imperialismo yanqui. En ella conviven una raquítica minoría, conectada a la burguesía internacional, concretamente estadounidense, y una inmensa mayoría de trabajadores, cuyo nivel de vida se degrada progresiva e irreparablemente. Las relaciones entre la minoría y la mayoría de la ciudad de México cambian con frecuencia. Pero el futuro de la Zona Metropolitana de la Ciudad de México (ZMCM) depende, en gran medida, del tipo de relaciones existentes entre la élite burguesa dirigente y los millones de trabajadores.

La industria del vestido, precisamente, puede sernos en extremo útil para comprender los complejos mecanismos que regulan la vida social en la metrópoli mexicana. ¿Qué ha ocurrido con dicha actividad a partir de la Segunda Guerra Mundial?

En una primera fase, que se extiende aproximadamente de 1940 a 1955, el desarrollo industrial de México se concentró en las llamadas industrias tradicionales. En 1950, estas industrias produjeron el 70 por

ciento del valor total agregado de toda la industria manufacturera mexicana.² A partir de 1955 la situación comienza a cambiar bruscamente. El sector manufacturero, productor de bienes de consumo intermedio, aceleró extraordinariamente su crecimiento debido a la participación de las inversiones extranjeras, mientras que varias de las industrias tradicionales —incluida la del vestido— crecieron a una tasa mucho más reducida.³ Así, desde 1955 y sobre todo después de 1965 disminuyó constantemente la participación proporcional de las industrias productoras de bienes de consumo en el producto total de las industrias manufactureras.

El economista David Ibarra subraya que existe una relación innegable entre el declive constante de las industrias productoras de bienes de consumo y el fracaso experimentado por las políticas de sustitución de importaciones para conseguir el fortalecimiento permanente de la industria manufacturera mexicana.⁴ La explicación estriba en que el fracaso del modelo de industrialización por sustitución de importaciones fuerza a las industrias tradicionales (incluida la del vestido) a ser todavía más dependientes del mercado nacional. El resultado final es que el declive de las industrias tradicionales, a medida que nos acercamos a los momentos presentes, es más serio de lo que podría haberse pensado en un principio porque el mismo modelo de desarrollo económico es el responsable del lento crecimiento de las industrias manufactureras productoras de bienes no duraderos para el mercado popular doméstico debido a la reducida expansión de la demanda.

La constante transformación de la estructura del mercado está íntimamente relacionada con la creciente participación del capital extranjero en la industria mexicana. Mientras que la mayoría de los sectores productivos de las industrias manufactureras caen más y más bajo el monopolio del capital extranjero, en las restantes industrias, en las que la participación del capital foráneo es menor, se produce el siguiente fenómeno peculiar: la inmensa mayoría de las áreas tradicionales de producción (textiles, vestido, entre otras), se convierte en un 'coto reservado' casi exclusivamente a los inversionistas nacionales.⁵

Durante los últimos 30 años las industrias tradicionales han sufrido los efectos del crecimiento inexorable de la estructura monopólica en el

² David Ibarra, "Mercados, desarrollo y política económica". En *El perfil de México en 1980*, S. XXI, México, 1974, V. I, p. 110.

³ Leopoldo Solís, *La realidad económica mexicana: retrovisión y perspectivas*, S. XXI, México, 1973, p. 221.

⁴ David Ibarra, *Ibid*, p. 111.

⁵ Manuel Aguilera, *La desnacionalización de la economía mexicana*, F.C.E. México, 1975, p. 113.

sector más dinámico de las industrias manufactureras. En consecuencia, la relación desigual entre ambos tipos de industrias —las tradicionales y las modernas— genera transferencias de excedentes económicos de las industrias tradicionales y más débiles hacia las nuevas industrias que cada día controlan más plenamente el mercado doméstico por su estructura monopólica. Estas industrias dinámicas y más modernas son precisamente las que se encuentran dominadas por intereses extranjeros.

En concreto, la industria mexicana del vestido presenta, desde 1955, una de las tasas más bajas de crecimiento. Esta situación se explica, parcialmente al menos, por la disminución de las inversiones en esta rama industrial. El Banco Nacional de Comercio Exterior informa que ya en 1965 la industria del vestido tenía el menor promedio de inversión por empresa entre todo el sector manufacturero.⁶ No es de extrañar que si el nivel de empleo en el sector industrial mexicano ha sido siempre bajo, esta tendencia se haya agravado aún más porque ha disminuido ininterrumpidamente la capacidad de las industrias tradicionales para generar empleos. En la industria del vestido, la tasa de crecimiento de la fuerza de trabajo empleada en dicho sector cayó de 6.9 por ciento en 1960 hasta un 5.1 por ciento en 1969. Asimismo, los salarios mensuales en dicha industria son significativamente menores que los pagados en las industrias más dinámicas y modernas.

Basten estos indicadores económicos para convencernos del creciente número de obstáculos que las industrias tradicionales del vestido enfrentan en México desde 1955.

Ante esta situación de creciente deterioro, ¿Qué salida han encontrado los industriales del vestido de la ciudad de México? A grandes rasgos, la misma escapatoria que descubrieron los empresarios capitalistas en otros tiempos y otras latitudes: el recurso a la mano de obra superbarata. Recurso tanto más importante en la industria del vestido, cuanto que por su misma necesidad de abundante mano de obra, depende de un mercado de fuerza de trabajo potencialmente inagotable.

El uso de la mano de obra superbarata asume, de hecho, dos formas principales. Todo depende del grado de modernización y renovación tecnológica que el empresario pueda y quiera introducir en su fábrica. Una minoría, que cuenta de ordinario con el apoyo de la inversión extranjera, decide aceptar el reto de la renovación y mantiene las fábricas, enriquecidas con las últimas y mejores máquinas de coser, en las zonas tradicionales de la ciudad de México. Sin embargo, la explotación de las

⁶ Banco Nacional de Comercio Exterior, *México: La política económica del nuevo gobierno*, México, 1971, pp. 41 ss.

trabajadoras continúa siendo un rasgo importante. En una reciente investigación, Moisés Guzmán resume así tal circunstancia.⁷

Las trabajadoras de estos talleres carecen prácticamente de todos los derechos que les concede la ley: perciben un salario inferior al mínimo oficial, su jornada es mayor a lo legalmente establecido, carecen de prestaciones, con excepción del Seguro Social y trabajan horas extraordinarias que no les son retribuidas en forma económica.

Estos empresarios “modernizados” explotan a tales extremos a las trabajadoras porque cuentan con el respaldo explícito —aunque secreto— del gobierno: los inspectores de Hacienda son fácilmente sobornables, como el mismo investigador atestigua.⁸

Sólo los desconocedores de la capacidad inventiva del capitalismo pueden asombrarse de que haya otras formas más violentas de explotación.

Sí existen y son practicadas por los empresarios que en la jerga de los industriales del vestido son conocidos como los “empresarios piratas”.⁹

El primer grupo de empresarios “piratas” repiten la misma táctica empleada por los capitalistas en los países centrales. Estos cierran sus fábricas y las convierten en “talleres fugaces” (en inglés, *runaway shops*). El procedimiento lo iniciaron hace más de 20 años los industriales del vestido de Nueva York: para contrarrestar las fuerzas de los sindicatos y de las leyes laborales se trasladaron, primero, a New Jersey; después, a los estados sureños y, finalmente, al Extremo Oriente (Corea, Singapur, Taiwan) o a México. Son las famosas maquiladoras fronterizas. Los empresarios del Distrito Federal no necesitan dar saltos geográficos tan enormes. A sólo ocho o diez kilómetros de distancia se encuentra la segunda o tercer ciudad de la República Mexicana, carente casi en absoluto de industrias con las más altas tasas de desempleo y subempleo. La “comprensión” de las autoridades de Nezahualcóyotl ha facilitado el surgimiento de incontables “talleres fugaces” en colonias tan céntricas

⁷ Moisés Guzmán G., *Condiciones laborales y socioeconómicas de las trabajadoras de un sector de la industria del vestido*. Tesis de licenciatura, Universidad Iberoamericana, México, 1984. p. 107.

⁸ *Excelsior*. El 15 de octubre de 1985 publicó fotocopias de nóminas que aparecieron entre escombros después del terremoto. El sueldo promedio semanal de las costureras, incluidas con nombre y apellido, nunca llegaba a los tres mil pesos. El salario mínimo diario oficial sobrepasa ligeramente los mil pesos.

⁹ “La producción clandestina, el mayor problema de la industria del vestido”. En *Confederación de Cámaras Industriales*. No. 562, México, agosto de 1972, pp. 3-6.

como las Auroras y la Benito Juárez. Aunque, también, estos “talleres fugaces” se han instalado en zonas rurales. No conocemos investigaciones de campo de este sector industrial. Lo único cierto es que las condiciones de explotación son todavía más graves que en las fábricas del Distrito Federal.

El segundo grupo de empresarios “piratas” acude al conocido sistema de “trabajo a domicilio” (*putting-out system*). Tampoco es una invención de los empresarios mexicanos. Su existencia organizada se remonta, al menos, al siglo XV. Las formas que ha asumido a lo largo del desarrollo capitalista en Occidente son casi incontables. Mi atención como investigador se ha centrado en Nezahualcóyotl; afortunadamente surgen estudios similares en los estados de Jalisco, Guanajuato, Michoacán, Yucatán y otros.¹⁰

Los empresarios “piratas” del D.F. acuden en su mayoría a las costureras domiciliarias de Neza. Las características básicas de esta forma de organización son tres:

- a) El empresario mantiene absoluto control de la materia prima, que él entrega ya cortada a la costurera, mediante las debidas fianzas.
- b) La costurera es la dueña de las máquinas de coser y, por tanto, ella corre además con los gastos de mantenimiento (refacciones, aceite, electricidad, etcétera). Por la misma razón, las autoridades

¹⁰ Una bibliografía tentativa podría incluir las siguientes obras:

José Antonio Alonso, “El Estado Mexicano frente a las zonas Urbanas Marginadas: el Caso de Ciudad Nezahualcóyotl”, en *El Estado Mexicano*, editado por Jorge Alonso, Editorial Nueva Imagen, México, 1982.

“The Domestic Seamstresses in Nezahualcóyotl and their relationship to Dependent Capitalism”, en *Women, Men and the New Division of Labor*, editado por June Nash y Ma. Fernández-Kelly, SUNY PRESS, Nueva York, 1983. La versión en español apareció en *La Mujer y el Empleo en México*, Secretaría de Programación y Presupuesto, México, 1982.

Mujeres, Maquiladoras, Industria Doméstica, (en prensa).

Patricia Arias, “La Reproducción Social de las Unidades Domésticas de la Mujer”, en *Familia y Sociedad*, n. 1, marzo, 1982, pp. 27-32.

Talleres y Trabajo a Domicilio en los Municipios Rurales, El Colegio de Michoacán, versión mimeografiada.

Silvia Lailson, “Expansión limitada y proliferación horizontal. La industria de la ropa y el tejido de punto”, en *Relaciones*, I, n. 3 (verano de 1980) pp. 48-102, El Colegio de Michoacán, Zamora.

Cristina Padilla Dieste, “El Trabajo Capitalista Familiar: un estudio de caso en Guadalajara” en *Familia y Sociedad*, n. 1, marzo, 1982, pp. 9-15.

Sonia María de Avelar, “Notas Teóricas y Metodológicas para el estudio del trabajo industrial a domicilio en México”, *Revista Mexicana de Sociología*, n. 4, octubre-diciembre de 1977, pp. 1227-1250.

municipales pretenden cobrarles impuestos fiscales. La única manera de eludir éstos es la *clandestinidad*.

c) La costurera ejerce dos tareas de tiempo completo: es madre de familia y ama de casa y dedica al quehacer de la costura las horas necesarias para entregar su trabajo a tiempo. Su salario es siempre a destajo.

Aunado a lo anterior, es preciso considerar que 1982 marcó un hito importante en la profundización de la crisis que agobia a los sectores mayoritarios de la sociedad mexicana.

En ese año, la crisis alcanzó niveles tales, que distinguidos economistas mexicanos coinciden en pensar que los desajustes de ese periodo son la manifestación inconfundible de la crisis de un modelo de acumulación.¹¹

La imposibilidad por parte de México de pagar en agosto de 1982 los 80 mil millones de dólares de su deuda externa¹² no es más que un síntoma alarmante de su crítica situación socioeconómica.

Importa destacar, para los fines de este escrito que, en las últimas décadas, la médula del modelo de desarrollo mexicano lo ha constituido el proceso de industrialización y que el rasgo cultural generado por tal modelo es la dependencia tecnológica.

Las consecuencias sociales producidas por la progresiva carencia de autonomía tecnológica han sido dramáticamente puestas al descubierto por los dos sismos que golpearon recién a la ciudad de México. Los terremotos de septiembre hicieron que la ya crítica situación prevaleciente desde hace varios lustros en la ZMCM se convirtiera en un ingente desastre. Hicieron, también, evidente la necesidad de que sectores gremiales, como el de las costureras, se organizaran sindicalmente para así rebatir, por ejemplo, una política empresarial aplicada desde hace años por los "empresarios piratas": talleres fugaces y maquila doméstica.

La reconstrucción de la ciudad de México sería el último punto a incluir en esta ponencia pero, más que la abundancia de información cuan-

¹¹ Cfr. Héctor Guillén Romo, *Orígenes de la crisis en México (1940-1982)*. Ediciones Era, México, 1984; José Ayala *et al*, "La crisis económica: evolución y perspectiva". En *México hoy*. Pablo González Casanova y Enrique Florescano (editores), Ed. S XXI, México, 1980, pp. 19-76; Alicia Girón, "Y el endeudamiento externo, ¿para quién?". En *Problemas del desarrollo*, V. XV, No. 58, mayo-julio de 1984, p. 149; Terry Barker y Vladimiro Brailovsky, "Recuento de la quiebra. La política económica en México, 1976-1982". En *Nexos*, No. 71, noviembre, 1983, pp. 13-23; Manuel Aguilera, "La crisis mexicana: un ensayo de interpretación económica y financiera" En *Investigación Económica*, No. 169, julio de 1984, pp. 217-266.

¹² Alicia Girón, *Op. Cit.*

titativa, es crucial contar con radiografías concretas, como la aquí esbozada en torno a la industria del vestido.

En tanto se realizan ese tipo de estudios, no es aventurado señalar que, a la larga, serán los habitantes de las zonas “marginadas” quienes carguen con los platos rotos del terremoto. ¿Puede a esto llamarse “Reconstrucción”?